

EL DEVENIR DE UNA ILUSIÓN

Azorín ante la Segunda República (1931-1936)

Desde el punto de vista de su pensamiento político, si algo caracteriza la trayectoria de José Martínez Ruiz (Monóvar, Alicante, 1873-Madrid, 1967), más conocido por el seudónimo –Azorín– con el que firmó su obra desde 1904, es la compleja evolución ideológica experimentada por un hombre que, lejos de limitar su campo de acción a la creación literaria y la profesión periodística, contrajo desde muy pronto ese compromiso que se le exige al intelectual y que, en su caso, se tradujo en la adopción de posiciones que, a menudo, le granjearon la incomprensión de parte de su gremio, cuando no la crítica y el reproche personal. En este sentido, conviene recordar que Azorín pasó de ser regeneracionista y anarquista durante su juventud a abrazar –coincidiendo con su incorporación al diario *ABC*, en junio de 1905– ese ideario moderado y conservador al que comúnmente se le asocia, gracias, en buena medida, a una operación de maquillaje estético con la que el franquismo se quiso apropiarse de la herencia cultural de la generación del 98 (un legado que fue convenientemente filtrado y depurado de aquellos aspectos que no encajaban dentro del discurso del falangismo liberal), en un intento evidente de establecer una línea de continuidad entre dos concepciones distintas de lo que era o debía ser España.

Una de las etapas más interesantes del recorrido trazado por nuestro autor durante las seis décadas en las que ejerció como intelectual es, sin ninguna duda, la que comprende los años que transcurren entre 1931 y 1936; un periodo de efervescencia po-

lítica y social en el que, en contra de lo que a veces se ha dicho, Azorín se posicionó claramente a favor de la República, como demuestran las opiniones y los juicios expresados a lo largo de esos seis años. De hecho, uno de los hitos más sorprendentes de su carrera periodística fue su inopinada marcha –una decisión voluntaria y unilateral– del *ABC* de Torcuato Luca de Tena en octubre de 1930 y su casi inmediata incorporación a *El Sol* de Nicolás María de Urgoiti, primera parada de un largo periplo por distintas cabeceras de la época que hizo que Martínez Ruiz pasara de ser una de las firmas estrella del medio monárquico por excelencia a convertirse en un referente de la prensa republicana, gracias a sus columnas aparecidas, primero, en *El Sol* (1930-1931); después, en sus herederos, *Crisol* (1931) y *Luz* (1932-1933), y, ya por último, en *La Libertad* (1933-1934) y en *Ahora* (1934-1936).

YO, REPUBLICANO

El 29 de noviembre de 1930, Azorín publicó en *El Sol* un largo artículo en el que, a través de una de sus habituales analogías históricas, establecía –sin decirlo expresamente– un paralelismo entre la situación de inestabilidad que se vivió en España durante los últimos años del reinado de Isabel II y la que se vivía en aquel momento, cuando, tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera, las ansias de cambio y de revolución amenazaban, una vez más, la existencia de la Corona. En concreto, dedicaba un recuerdo a la figura del matemático y político Manuel Becerra, a quien ponía como ejemplo de una izquierda liberal y avanzada que se propuso «demostrar que la monarquía es compatible con todas las formas políticas, por radicales que sean» (*El Sol*, 29 de noviembre de 1930). Para Azorín, que no era nada partidario de las revoluciones, fuesen del signo que fuesen, el problema de la monarquía isabelina fue que, en los momentos en que todavía conservaba cierto prestigio, no supo ver que la única forma de evitar males mayores era dando el poder a esa facción demócrata y progresista (cita a Salustiano de Olózaga) que únicamente aspiraba a cambiar el rumbo del país. Al no haberlo hecho, los acontecimientos se precipitaron y entraron en juego nuevos protagonistas para quienes la solución pasaba por un cambio radical que implicaba, necesariamente, algo más que una simple reforma del Gobierno.

Probablemente, lo que demuestra ese artículo es que, durante los últimos tiempos de la dictadura, e incluso en los momentos inmediatamente posteriores a su colapso, Azorín recordó aquel episodio de la historia de España y pensó que, si Alfonso XIII quería

sobrevivir, la única opción que le quedaba era, precisamente, adoptar la medida que no se había tomado siete décadas antes: formar un Gobierno izquierdista que contrarrestara la amenaza de una revolución. Porque, como él mismo explicó en otro artículo de febrero de 1931, el legado primorriverista, unido a la incapacidad de los partidos tradicionales para articular una vía de consenso creíble, pesaba como una losa sobre quienes se mostraban partidarios de derrocar la monarquía y proclamar, cincuenta y ocho años después, una nueva República: «Se ansía un cambio total en la vida, la vida social y política, del mismo modo que el arte es sentido de otra manera. La actuación política y administrativa de la dictadura ha hecho sentir una profunda aversión por un régimen en que tales actos se producían» (*El Sol*, 24 de febrero de 1931).

Pocas semanas después, la revista *La Calle* organizó una encuesta en la que preguntó a varias personalidades «de izquierdas» cuál debía ser, según su opinión, la naturaleza (parlamentaria o presidencial), el contenido (radical o conservadora) y la estructura (unitaria o federal) de la todavía nonata República. En su sintética pero muy sintomática –por lo que iba a suceder después– respuesta, Azorín afirmaba que, a la vista del ambiente que se respiraba en todo el país, tan importante era dar respuesta al deseo de cambio como estar a la altura de esa responsabilidad histórica, lo que en la práctica se traducía en la imperiosa necesidad de no repetir los errores cometidos en 1873. Se imponía una República abierta, «para todos los españoles», capaz de resistir los ataques externos:

Hay momentos en la vida de las naciones en que las cosas marchan por sí mismas; el ambiente está tan cargado que no necesita ya el auxilio de los hombres; la saturación de una idea en la sociedad es tal que la misma sociedad marcha sin que los hombres la impulsen. La saturación de la idea republicana es evidente en España. La República será. Y lo que importa es que atienda desde el primer momento a dos tareas esenciales: una, la de hacer que los elementos hostiles a la República no puedan ser dañosos a ésta; y otra, la de resolver el problema de Cataluña. La República de 1873 fue aparentemente de los republicanos; pero, en realidad, de los monárquicos. La República futura ha de ser hecha por los republicanos y para todos los españoles. La del [18]73 fue hecha fracasar por los monárquicos, la futura no ha de poder ser esterilizada por esos elementos que antaño intrigaron contra el régimen republicano. No más ingenuidades; no más estéril generosidad (*La Calle*, 20 de marzo de 1931).

Tras varias décadas de militancia monárquica, no por rechazo de la república como régimen de Gobierno, sino porque estaba convencido de que la monarquía constitucional era una fórmula que había dado estabilidad a España, la llama del ideal republicano había vuelto a prender en quien, un par de años después, el 27 de febrero de 1933, envió a Alejandro Lerroux una carta privada en la que reconocía haber dado la espalda a ese ideal durante mucho tiempo: «Es lo cierto que me ausenté del campo republicano y que ausente he permanecido bastantes años» (Gil Robles, 1998, p. 501). Durante su etapa de formación como escritor, allá por el cambio de siglo, el joven Martínez Ruiz sí había mostrado simpatía hacia el republicanismo y, más concretamente, hacia el republicanismo federal encarnado por Francisco Pi y Margall, por cuyo pensamiento político siempre sintió un enorme respeto. Sin embargo, ese giro ideológico al que ya me he referido, unido a su militancia en el Partido Conservador de Antonio Maura (no hay que olvidar que Azorín fue cinco veces diputado en Cortes entre 1907 y 1919 e incluso ocupó el cargo de subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en dos breves etapas, entre 1917 y 1919) y a su presencia como colaborador de *ABC* durante veinticinco años, hizo que desde todas las esferas se lo identificase como un intelectual de tendencia conservadora y monárquica. Tal vez por ello, por ser un buen conocedor del republicanismo decimonónico y por estar sintiendo de nuevo esa ilusión por la República que ya creía olvidada, concluyó su artículo «Los republicanos» presentándose a los lectores de *El Sol* como alguien que, «habiendo vuelto a ser republicano, republicano autonomista, procura estudiar con amor la historia de la ideología republicana en el pasado siglo» (*El Sol*, 24 de febrero de 1931).

En vísperas del advenimiento de la República se produjo un movimiento importante en la prensa española que afectó de manera directa a nuestro protagonista. Desde la publicación del célebre artículo antimonárquico «El error Berenguer» (*El Sol*, 15 de noviembre de 1930), firmado por José Ortega y Gasset, *El Sol* fue sometido a una campaña de presión desde el entorno de la monarquía, que denunció la falta de respeto por parte de un diario nacido con vocación transformadora y reformista (no revolucionaria), pero con el compromiso de «servir a la patria» desde la lealtad a sus instituciones. El resultado de esta campaña fue que, a finales de marzo de 1931, «el periódico pasó a manos de un grupo de monárquicos encabezados por el conde de Barbate y el conde de Gamazo y también compuesto por José Félix de Lequerica, el

marqués de Aledo y algunos más» (Desvois, 2010, p. 178). El 26 de ese mismo mes, los nuevos responsables del diario anunciaban que Nicolás María de Urgoiti había vendido sus acciones en la empresa y enumeraban la lista de colaboradores –encabezada por Ortega y por el propio Azorín– que, a raíz del cambio en la dirección, habían decidido abandonar sus páginas. Aunque en esa nota no se decía, lo que hizo el núcleo duro de *El Sol* fue seguir a Urgoiti en su nueva aventura editorial, improvisada en «diez días de apretadas reuniones y puesta a punto» (Cabrera, 1994, p. 257). Esa nueva publicación fue *Crisol*, un periódico trisemanal fundado por Urgoiti y dirigido por el periodista Félix Lorenzo, cuyo primer número salió a la venta el 4 de abril, con un editorial programático en el que ya se anunciaba la creación de otro diario, titulado *Luz*, llamado a propagar «la necesidad y urgencia de una radical transformación del Estado, desde la forma del gobierno hasta sus últimas consecuencias, en el marco de un orden basado en el derecho y la justicia» (*Crisol*, 4 de abril de 1931).

A diferencia de *El Sol*, que durante sus últimos tiempos se había mostrado más crítico de lo habitual con la monarquía, pero sin llegar a posicionarse de forma clara a favor de la República, *Crisol* nacía como una publicación de ideología inequívocamente republicana y anticlerical, como prueba otro escrito programático –un suelto que llevaba por título «Sin promesa preliminar»– insertado en la página 2 de ese número inaugural del periódico, en el que se podía leer lo siguiente: «Somos republicanos, y ésta es, por ahora, nuestra única afirmación. Republicanos de una República que significa el triunfo de la voluntad nacional. Republicanos mañana contra los republicanos capaces de desconocer que la República es el triunfo incombustible del derecho de gentes y del orden jurídico» (*Crisol*, 4 de abril de 1931). Y, por si todavía quedaba alguna duda, en la parte inferior de la portada, debajo del citado texto fundacional, venía inserto, en letras mayúsculas, el siguiente anuncio: «El fundador de este periódico, don Nicolás María de Urgoiti, y el director del mismo, don Félix Lorenzo, se han afiliado a la Agrupación al Servicio de la República». Como ha explicado Mercedes Cabrera, es muy probable que, en su fuero interno, Urgoiti pensara que, al llevarse consigo a las mejores firmas, el éxito de *Crisol* y de *Luz*, así como el fracaso de su antiguo periódico, era sólo cuestión de tiempo, pero muy pronto se vio que «ni los entusiasmos ni las unanimidades eran las mismas que habían presidido la salida de *El Sol* en 1917» (Cabrera, 1994, p. 257).

Mientras se producía este trasvase en la prensa, llegó la proclamación de la Segunda República y, con ella, la hora de la verdad para una intelectualidad española que, por acción o por omisión, se vio obligada a posicionarse. A pesar de que su pasado de militancia conservadora despertaba inquietudes y recelos, Azorín tardó muy poco en hacerlo y, ya el 24 de abril, de nuevo la revista *La Calle* publicó en su sección «Periodistas de izquierda» una larga entrevista cuya pregunta final –y la correspondiente respuesta del escritor– trataba de despejar esas dudas: «¿Es usted francamente republicano? ¡Sí! Republicano federal. Sigo la doctrina de don Francisco Pi y Margall que no sólo fue un creador, sino un hombre honrado» (*La Calle*, 24 de abril de 1931). Dentro de esa misma charla, en la que se repasaban algunos episodios de su biografía y se analizaba el nuevo panorama político del país, el entrevistador aprovechaba la ocasión para preguntar a Azorín por el candente asunto del voto femenino y la posibilidad de que la recién estrenada República lo aprobara por primera vez, desoyendo las voces que desaconsejaban la medida no por estar en contra de su objetivo final, sino por pensar que ese voto sería, fundamentalmente, conservador. No es el caso de nuestro autor, que diez días después del 14 de abril ya defendía el sufragio femenino con estas palabras: «¿No teme al espíritu confesional y católico de la mujer española? No. A la mujer moderna, en todas partes y cuando ha recabado su derecho en toda actividad humana, es injusto negárselo. En la actualidad, creo que la mujer traerá a la política un poco de la pasión que nos hace falta».

No obstante esta buena acogida colectiva, generada por un cambio político que acabó con más de medio siglo de monarquía, la emoción se fue disipando poco a poco, a medida que el Gobierno republicano fue tomando sus primeras decisiones. Durante los meses que siguieron a la proclamación de la República, varios intelectuales que habían denunciado el agotamiento del sistema de la Restauración y habían mostrado su adhesión –en unos casos más explícita, en otros más tibia o condicionada– al nuevo régimen no dudaron en expresar su desacuerdo con el rumbo que estaba tomando el país, primero bajo la dirección del Gobierno Provisional presidido por Niceto Alcalá-Zamora y después, una vez constituidas las Cortes y aprobada la Constitución de 1931, con el ejecutivo republicano-socialista del primer bienio, presidido por Manuel Azaña. Entre quienes mostraron su malestar con las medidas adoptadas por el nuevo Gobierno figuraban escritores y pensadores de prestigio que, aun partiendo de posturas ideoló-

gicas dispares y perteneciendo a dos generaciones distintas (las llamadas del 98 y del 14), coincidían a la hora de manifestar de manera pública su disconformidad con lo que consideraban una política excesivamente partidista, que traicionaba ese ideal de justicia e igualdad con que se había presentado la solución republicana.

Uno de los primeros en terciar en ese debate fue Miguel de Unamuno, que apenas cuatro meses después de proclamada la República publicó un premonitorio artículo titulado «Guerra intestina familiar», en el que denunciaba la existencia en la España republicana de una atmósfera enrarecida y de una peligrosa tendencia a la división entre los españoles que el Gobierno no estaba sabiendo apaciguar. En lo que se puede interpretar como un primer aviso a navegantes, dirigido a quienes ocupaban en ese momento el poder ya sancionado por las Cortes, Unamuno decía expresar aquello que todo el mundo veía, pero nadie se atrevía a decir:

¿Guerra Civil? Sí, Guerra Civil, aunque incruenta, y por esto más íntimamente trágica. Guerra más que civil, que habría dicho aquel cordobés prehispánico que fue nuestro Lucano. Guerra intestina familiar, doméstica, no pocas veces. ¿Recuerda el lector aquellos estertores del Imperio hispánico en América, cuando los hijos criollos de padres peninsulares despreciaban y hasta insultaban en casa a éstos –y más si las madres son criollas– y los vejaban con motes? Pues a esto estamos volviendo. Hay algún pobrecito Pérez que ve su nombre reducido a una P y aun a menos de eso. Hay ya tragedias familiares que son mucho más trágicas que una Guerra Civil de sangre corpórea.

[...] guerra más que civil y peor que cruenta, guerra intestina, guerra doméstica. Y hay que abrir los ojos y el corazón a ella. Y se oye: «¡Crucifícala! ¡Crucifícala!» ¿Nos salvará de ella un pacto? La convivencia no se pacta, no es cosa jurídica.

¡Ah, sí! ¿Que hay cosas que se deben callar? Pues bien, ¡no! Lo que hay que decir son las cosas que se dice que no deben decirse (El Sol, 26 de agosto de 1931).

Menos alarmista, pero igual de crítica y exigente, fue la postura adoptada por José Ortega y Gasset, quien a principios de año había redactado y firmado –junto con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala– el manifiesto que daba carta de naturaleza a la Agrupación al Servicio de la República; un texto fundacional en el que los citados intelectuales dejaban claro que la sustitución de

la «monarquía de Sagunto» por el modelo republicano pasaba, necesariamente, por ejercer una presión de forma conjunta y unitaria. Una vez logrado el objetivo, sin embargo, y tras constatar que esa unión que había permitido la llegada de la ansiada República empezaba a resquebrajarse, Ortega matizó su entusiasmo inicial y denunció públicamente que el camino que estaba siguiendo el Gobierno de Azaña no era el más idóneo si lo que se quería era lograr un equilibrio que garantizara el bienestar de la mayoría del pueblo español. Tras dar un primer aldabonazo –nunca mejor dicho– con un artículo de *El Sol* en el que abogaba por respetar la autenticidad del ideal republicano (*Crisol*, 9 de septiembre de 1931), Ortega decidió pasar del consejo a la exigencia. El 6 de diciembre de 1931, y ante un público entregado que abarrotaba el Cinema de la Ópera de Madrid, pronunció una conferencia –luego titulada «Rectificación de la República»– en la que se preguntó por las razones de aquella deriva: «¿Por qué nos han hecho una República triste y agria, o mejor dicho, por qué nos han hecho una vida agria y triste, bajo la joven constelación de una República naciente?» (Ortega y Gasset, 1931, p. 155). No se comprende, insistía el autor de *La rebelión de las masas*, cómo han podido bastar siete meses de experiencia republicana para que empiece a cundir por el país la decepción y el desánimo.

En el caso de Azorín, su actitud ante la República se puede analizar a partir de una serie de artículos, publicados en *Crisol* a lo largo de la primavera y el verano de 1931, en los que se aprecia cómo, de manera progresiva, también fue arraigando en él ese sentimiento de desencanto. De hecho, en cuanto empezó a ver cosas que no le gustaban en el Gobierno provisional de Alcalá-Zamora, asumió el papel de intelectual para defender la labor de ese gremio y lanzar la primera crítica contra unos políticos que, según él, usufructuaban el poder y lo ejercían de forma discrecional y personalista, con el riesgo que eso conllevaba para la estabilidad del régimen:

La República la han hecho posible los intelectuales. Vosotros, los que ocupáis el poder, habéis sido los parteros de la República; pero permitidnos que os digamos que quienes la han engendrado hemos sido nosotros. Nosotros, unos humildes y otros ilustres, los que a lo largo de treinta años hemos hecho poco a poco, con trabajo, con perseverancia, que el cambio de la sensibilidad nacional se efectúe. Y eso os debe obligar a vosotros, los gobernantes, primero, a la modestia, y luego, a la serenidad. La serenidad que es preciso que tenga quien gobierna para todos y quien tiene la trascendental misión de

hacer que la República se levante por encima de las pasiones y de los resentimientos personales (Crisol, 4 de abril de 1931).

Esta defensa de los intelectuales frente a la figura del político profesional fue una constante en las columnas que nuestro autor publicó durante estos primeros meses. Para Azorín, la República era un bien común del que nadie debía adueñarse, pero tampoco podía olvidarse el hecho de que, en su opinión, si en algún sitio había que buscar el origen del ideal republicano, era en la obra de crítica y regeneración del país emprendida por ese grupo de escritores del cambio de siglo a los que él mismo había bautizado como la «generación del 98». Sin embargo, esta campaña nacional en favor de la *intelligentsia* emprendida por el alicantino desde las páginas de *Crisol* no llegó a cuajar. La mejor prueba de ello es el hecho de que él mismo fracasó en su intento de salir diputado por Alicante en las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio de 1931. En principio, Azorín iba a formar parte de la candidatura de Izquierda Republicana y Socialista, más por la relevancia de su figura y el prestigio de su nombre que por su compromiso con la ideología que representaba el partido. Por lo visto, a última hora fue excluido de esa lista (en la que lo sustituyó el socialista José Cañizares) y se incorporó a la candidatura presentada en la provincia por la Agrupación al Servicio de la República, donde coincidió con otros intelectuales alicantinos como Francisco Figueras Pacheco, Óscar Esplá Tray y Julio Bernácer Tormo (García Andreu, 1985, p. 124). Un importante revés que «había entibiado considerablemente la fe republicana del escritor noventayochista» (Redondo, 1970, p. 333) y que lo impulsó, además, a la renuncia de cualquier futura invitación a participar de forma activa en la política. Desde ese momento, el discurso prorepublicano de Azorín se hizo más matizado, pues lo que hasta entonces había sido un apoyo crítico pero decidido ahora se convirtió en un reproche frontal a las políticas del Gobierno presidido por Alcalá-Zamora, a cuyos miembros acusó de haber excluido deliberadamente a la burguesía de cualquier participación en los asuntos públicos. Si en junio había escrito que la República era un logro de los intelectuales, dos meses después se solidarizaba con la clase burguesa, de la que él mismo formaba parte, y le atribuía el mayor mérito en la llegada del nuevo régimen, ya que era ella la que, desde dentro de la monarquía, había luchado durante más de treinta años por poner los cimientos necesarios para el cambio consumado en 1931:

Ni la República vino en 1873 por los republicanos ni ha venido por los republicanos en 1931. La República es obra de la burguesía. La burguesía intervino decisivamente en las elecciones municipales. La burguesía se inhibió en las elecciones legislativas. Y hoy, por causas que sería doloroso examinar, la burguesía, después de haber traído la República, se encuentra fuera de las funciones del Estado, y diremos que aun fuera de la vida nacional. Las consecuencias irremediables y fatales de este hecho de tan magna trascendencia, dedúzcalas el lector (Crisol, 6 de julio de 1931).

El 6 de enero de 1932, y tras más de doscientos números publicados a lo largo de nueve meses, *Crisol* anunció en un suelto inserto en su portada que dejaba de imprimirse para dar paso a *Luz*. *Diario de la República*, cuya aparición estaba prevista para el día siguiente: «Nos despedimos de nuestros lectores para reanudar la relación con ellos mañana mismo, bajo otra forma, pero con el mismo espíritu». Y, efectivamente, el 7 de enero estaba en la calle el primer número de *Luz*, un periódico vespertino, igual que su antecesor, con el que también compartía apariencia externa. Pocos días antes, el 15 de diciembre de 1931, se dio por cerrado el periodo constituyente, al formarse y aprobarse el Gobierno de coalición republicano-socialista que, presidido por Manuel Azaña, iba a regir los destinos del país en el llamado «bienio reformista». Durante los primeros meses de esta nueva etapa, *Luz* apostó por dar respaldo tanto al Partido Socialista, al que se trató de convencer de que había hecho lo correcto apoyando la causa republicana y entrando en el Gobierno, como al propio Azaña, en quien se confiaba como el hombre capaz de dar continuidad y profundidad a las reformas emprendidas durante los meses del Gobierno Provisional, que él mismo había llegado a presidir en su etapa final. Siguiendo esta línea editorial marcada por su periódico, Azorín experimentó un nuevo cambio en su evolución ideológica y pasó de ponderar la labor de los intelectuales y de la clase burguesa como artífices de la República a considerar –en contra de lo que había venido defendiendo desde meses atrás– que la burguesía española jamás sería republicana y que la viabilidad del proyecto sólo era posible si éste se sustentaba sobre la base del socialismo y de una clase obrera emergente:

En España el desarrollo industrial de los últimos cincuenta años ha sido el que, al crear una nueva clase obrera, ha traído la República. Ese progreso industrial ha hecho que sea posible el espíritu moderno, culto, de autoconciencia, que ha pasado por el tamiz

todos los valores de la política y el Estado. Y al pasarlos por el tamiz ha hecho ver sus deficiencias, sus inoperancias, sus corrupciones. El socialismo español ha sido el impulso más poderoso y último que ha hecho venir la República, el socialismo español es hoy la mayor y más seria garantía de la solidez y progresividad de la República. Querer prescindir de la colaboración socialista valdría tanto como suprimir los arbotantes de una catedral. No se puede prescindir de la colaboración socialista en aras de una burguesía que no estará jamás con la República. Hemos tenido muchos ese ensueño y ya hemos despertado de él; la burguesía española no será nunca republicana; se necesitará, como en Francia, que transcurran cincuenta años para que nazca en España una nueva burguesía que colabore lentamente con la República (Luz, 16 de mayo de 1932).

Tan sólo un mes después, reiteró este apoyo al socialismo cuando el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General de Trabajadores (UGT) publicaron un duro manifiesto, firmado por las ejecutivas de partido y sindicato, en el que atacaban frontalmente al Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, que en diciembre de 1931 había rechazado entrar en el Gobierno de coalición si en él también iban a estar los socialistas. Siete meses más tarde, los términos se invirtieron y fueron éstos quienes, desde su nueva posición de fuerza, vetaron una hipotética entrada del lerrouxismo en el Gobierno, aduciendo que eso pondría en peligro la culminación del proceso dirigido a acabar definitivamente con la herencia de la monarquía, por la que todavía seguía luchando la extrema derecha contrarrevolucionaria y antirrepublicana, secundada por «elementos directores del Partido Radical» a los que iba dirigido el texto: «El Partido Radical, con su actual minoría parlamentaria, no puede constituir Gobierno. Tampoco puede constituirlo con otras minorías republicanas, las cuales, sobre repudiar los procedimientos que viene utilizando el señor Lerroux, no pueden hacerse solidarias de una política que niega en sus fundamentos la obra renovadora de la República» (Luz, 15 de julio de 1932). Como el tono agresivo del manifiesto chocaba con la postura conciliadora de Luz, que siempre había abogado por una unión de todas las fuerzas republicanas que conjurara el peligro de una división que sólo favorecería a la derecha, el periódico dedicó su editorial a censurar ese veto socialista y a advertir a la UGT del error que podía suponer el hecho de «imponer la fuerza extraparlamentaria de la organización sindical en la política de la República, señalando a ésta un único rumbo, un rumbo determi-

nado y angosto, el que place particularmente a una clase social, que es sólo una parte de la nación, pero no toda la nación» (*Luz*, 15 de julio de 1932a).

Por su parte, Azorín reaccionó al manifiesto de forma un tanto confusa, pues en apenas siete días pasó de criticarlo con dureza a ensalzarlo con un ímpetu similar al puesto en su denuncia. Curiosamente, el mismo día en que apareció en la prensa, el monovero firmó un artículo en el que hacía una defensa encendida de esa causa socialista con la que ahora se identificaba: «Sepamos todos, lo primero, que el Partido Socialista ha sido la garantía más firme, más consolidadora, de la seguridad de la República. Sepamos que sin ese partido, sin su disciplina, sin su vigilancia, sin su ardiente amor a la República, la República hubiera perecido ya» (*Luz*, 15 de julio de 1932). Por lo que publicó tan sólo tres días después, parece evidente que, en el momento de redactar el citado artículo, nuestro autor no conocía ni el contenido del manifiesto ni las líneas maestras del mismo, que ya había adelantado *Luz* en su edición del día anterior. De lo contrario, no se entiende que el 18 de julio se expresara en estos términos en contra de un Partido Socialista al que sólo tres días antes había definido como el único capaz de garantizar –gracias a su estructura y a su masa social, que ningún otro partido en España tenía– la paz de la República:

Lo decimos con entera sinceridad: nos sentimos profundamente contrariados. El espíritu de imparcialidad que pretendemos que brille en estos artículos nos obliga a ello; no podemos menos de hacer esta confidencia. El manifiesto de los socialistas nos ha causado penosa impresión; ese manifiesto –y ésta es la verdad que nos produce pena el proclamar– es un acto antirrepublicano. No sólo antirrepublicano, sino también anticonstitucional. Hubiéramos deseado que en aras de la concordia y de la paz, prestando con ello un servicio a la República, ese manifiesto no se hubiera publicado. Ante ese documento, vulnerador de la Constitución, abramos la perspectiva de una República amplia y cordial, una República para los españoles. [...] Decididamente el manifiesto de los socialistas es antirrepublicano. No sólo antirrepublicano, sino anticonstitucional. Va contra el régimen y es un acto de dictadura (*Luz*, 18 de julio de 1932).

Pese a la rotundidad del juicio expresado, insisto en que, apenas siete días más tarde, nuestro protagonista volvió a cambiar de actitud. Mientras desde la dirección de *Luz* se apelaba al sentido

común de los partidos republicanos como responsables de vencer las diferencias personales en favor de un objetivo superior, como era el interés nacional, Azorín se desdecía por completo y calificaba el citado manifiesto –al que una semana antes había tachado de «antirrepublicano» y «anticonstitucional»– de nada menos que «carta puebla de la República». Un vaivén incoherente cuya única explicación reside, quizá, en una lectura apresurada del manifiesto o una primera interpretación errónea de su contenido; sea como fuere, lo cierto es que, con este giro de ciento ochenta grados en su posicionamiento, el escritor volvía a esa defensa del socialismo en la que ya llevaba inmerso varios meses:

¿Hay quien después del manifiesto de los socialistas –que es la carta puebla de la República– crea que es precisa, para la consolidación y prosecución del régimen, la asistencia de las derechas españolas? Las derechas españolas han perdido hace tiempo, en el curso de la historia, si es que la tuvieron alguna vez, su virtualidad social; esa virtualidad ha hecho su rotación hacia otra parte; la fuerza de conservación social está ya en otro lado, está en el grande, el coherente, el vital Partido Socialista. ¿Qué hubiera sido de España, al advenir la República, sin ese partido? ¿Qué sería de España, en cualquier crisis convulsiva de su vida, sin esa fuerza enorme de contención, de orden, de disciplina? Pues la República debe estrictamente ajustar su vivir y su desarrollo a la pauta de las nuevas fuerzas sociales (Luz, 25 de julio de 1932).

Mientras Azorín trataba de aclararse, la dirección de *Luz* evidenció que había perdido la confianza en Manuel Azaña, cuyo proyecto político se creía agotado, a la espera únicamente de que aprobase la Ley de Reforma Agraria, promulgada finalmente el 9 de septiembre. El 5 de agosto de 1932, el periódico que desde su creación «había pasado casi como órgano oficioso del Gobierno» (Redondo, 1970, p. 485), publicó un editorial en el que se pedía de forma explícita un cambio de caras en el Gobierno que hiciese a la gente de la calle más partícipe de la República: «Debe ser un cambio profundo, no de mera fórmula. Es preciso dar un viraje en la política republicana, buscar los temas capaces de reunir la adhesión positiva y entusiasta del país, de brindar a España una tarea histórica y de completar la fusión del pueblo español con su Estado» (*Luz*, 5 de agosto de 1932). Aunque en el texto no se lo citaba, parece evidente que, a juicio de los responsables de *Luz*, la persona más indicada para asumir la tarea de presidir el nuevo gabinete era Alejandro Lerroux, de quien se pedía una política

más moderada e inclusiva de todos los sectores sociales que la que había llevado a cabo el Gobierno azañista.

No pensaba exactamente lo mismo Azorín, quien, a pesar de sus diferencias ideológicas y de los reparos que él mismo ponía a su carácter, siempre vio en Azaña a un hombre dotado de una oratoria y «un don peregrino de mando, sin el cual, por mucha inteligencia que se tenga, por bien que se hable, no hay gobernante posible» (*Luz*, 21 de marzo de 1932). En este sentido, es muy indicativo que, en uno de los artículos que publicó durante el primer bienio en el prestigioso periódico *La Prensa* de Buenos Aires, en el que colaboraba con regularidad –firmó alrededor de mil artículos entre 1916 y 1951– informando de la realidad española, llegó a decir que el político madrileño era el responsable del buen discurrir de la República durante sus primeros y complicados años: «Manuel Azaña es el más alto y original gobernante que nos ha revelado la República. No queremos pensar cuál hubiera sido la suerte de la República sin la revelación de Manuel Azaña. Su marcha no hubiera sido, seguramente, la serena y firme que el nuevo régimen lleva, sino otra muy diversa, titubeante e indecisa» (*La Prensa*, 23 de abril de 1933). No obstante estos juicios, la campaña en favor de Lerroux iniciada por *Luz*, la buena relación que unía al político cordobés y al intelectual alicantino desde hacía muchísimo tiempo (se conocían desde la etapa anarquista del joven Martínez Ruiz) y el hecho –sólo explicable en razón de esa relación de amistad– de que Azorín se hubiese afiliado al Partido Radical obligaron a nuestro autor a usar las páginas de su periódico para zanjar los rumores que, desde finales de julio, lo situaban como candidato a diputado en las elecciones previstas para cubrir los escaños que habían quedado vacantes en las Cortes Constituyentes:

Con el título que antecede y el ruego de que la publiquemos, Azorín, nuestro muy querido amigo, nos remite la siguiente nota:

«No podrá decir ningún ministro ni alto funcionario –para los que no tengo más que admiración y respeto– que yo me he acercado a él para pedirle algo. No he puesto los pies en ningún ministerio. No he visitado ni una sola vez el Congreso. A don Alejandro Lerroux, jefe del partido en que milito, no he tenido el gusto de verlo desde mayo del año pasado; la entrevista, ocasional y pública, se redujo al cambio de unas pocas palabras de afectuosa cortesía. A su excelencia el presidente de la República –a quien he tenido el honor de ver todas las semanas, durante la pasada primavera, en la Academia Española– no le he ofrecido mis respetos en el palacio

presidencial para que no se interpretara tendenciosamente mi visita. Jamás el presidente de la República ha hablado de política en sus conversaciones de la Academia. Hombre de otra época, si escribo en favor de la República es por creer que con ello trabajo –modestamente– por el orden, por la paz y por la prosperidad de España» (Luz, 6 de agosto de 1932).

LA REPÚBLICA DE LOS SUEÑOS ROTOS

En contra de lo que se podría pensar, los errores cometidos durante el primer bienio no hicieron cambiar de opinión a un Azorín que, a la altura de mayo de 1933, seguía defendiendo a capa y espada la labor transformadora de la sociedad española que había desencadenado la proclamación de la República, o eso al menos contaba a sus lectores argentinos, a los que hablaba del nuevo *statu quo* del país en términos realmente entusiásticos: «Si lo que cambiara en abril de 1931 fuera sólo la forma de gobierno, España no hubiera hecho más que reducir su lista civil; pero hubiéramos progresado. No; es la sociedad misma la que se está transformando... Una nueva aristocracia ha surgido en el mundo: la de la inteligencia y el trabajo» (*La Prensa*, 7 de mayo de 1933). Ahora bien, pese a la sinceridad y la nobleza que encierran estas palabras de un intelectual comprometido con la causa, toda esa pasión por la República y por su obra, alimentada durante dos años en los que Azorín llegó a ilusionarse de verdad con el proyecto de cambio político para España, se vino abajo como un castillo de arena cuando, en junio de 1933, el alicantino experimentó «una especie de revelación que resultó en una transformación radical y permanente de su postura política» (Ouimette, 1987, p. 42). Como ha escrito Víctor Ouimette, no es que la fe azoriniana en ese ideal republicano se quebrase de un día para otro, sino que la defensa de ese ideal «cambió de la tolerancia paciente a la reprobación dolorida cuando de repente se dio cuenta de que desde el 10 de junio de 1932 languidecía en la cárcel Juan March Ordinas, diputado a Cortes, y uno de los hombres más ricos de España, acusado de una variedad asombrosa de delitos, pero sin haber sido procesado, y sin que se le tomase declaración» (Ouimette, 1987, p. 42).

En efecto, al descubrir la situación que vivía el banquero mallorquín, Azorín se implicó de tal manera en el asunto que dedicó más de treinta artículos al llamado «caso March», primero en las páginas de *Luz*, donde su posición chocó con la línea editorial de un periódico del que acabó separándose, y luego en las del matutino *La Libertad* (diario que desde 1924 estaba controlado finan-

cieramente por el propio March), al que el escritor se incorporó en octubre de 1933. Aunque no lo conocía personalmente y no tenía ningún motivo aparente por el cual defender su causa, consideraba nuestro autor que una República que se quería plural y abierta no podía actuar de la forma en la que lo había hecho, independientemente de que existieran o no los delitos cuya comisión se imputaban al empresario encarcelado. Por eso, y apelando a su conciencia y a lo que él creía que era su deber como intelectual, emprendió una auténtica campaña –que se alargó entre junio y diciembre de 1933 y que hizo que el diario *El Socialista* le colocara el apelativo de «juglar de Marcha» (Cabrera, 2011, p. 249)– contra lo que consideraba una injusticia: «No conoces a este señor; estás tan lejos de este señor como podrías estarlo de un ciudadano que en estos momentos esté paseando por Sídney, en la remota Australia... Tú condenas el hecho de esa larga prisión –la prisión de don Juan March–; tú, por lo tanto, debes decirlo con toda sinceridad... Ahora es cosa de poner a prueba tu probidad. Tu probidad profesional y tu dignidad de hombre» (*Luz*, 19 de junio de 1933). A medida que fue conociendo mejor el caso, Azorín se fue convenciendo de que la República había traicionado sus ideales y de que, por lo que representaba su nombre, March había sido la víctima propiciatoria de una operación orquestada desde el poder y guiada por intereses claramente económicos.

A partir de este momento, se distanció de forma definitiva del régimen y dedicó sus primeros artículos en *La Libertad* a renegar de un Gobierno azañista que se convirtió en «el blanco de la mordacidad, de la causticidad de un Azorín cuyas decepción y defraudación son proporcionales a su fervor y entusiasmo de cuando el advenimiento de la Segunda República» (Manso, 1995, p. 167). Porque, más que a la República en sí misma, a quien criticó con ferocidad fue a los hombres que, con su forma arbitraria de proceder, habían truncado el sueño de un proyecto en el que, sin embargo, seguía creyendo: «Si durante dos años funestos no ha habido en España, bajo la República, ni orden, ni justicia; eso no invalida el régimen. Otros hombres pueden tener una sensibilidad que aquellos hombres zafios y crueles no tuvieron» (*La Libertad*, 20 de diciembre de 1933). En resumen, la traición de la República a su esencia consistía en que un reducido grupo de hombres se había apropiado del poder, excluyendo con ello a la nación soberana; una minoría se había arrogado el protagonismo y casi la exclusividad de un proceso de cambio político que, a su

juicio, no obedecía a la voluntad de esa élite directora, sino a un cúmulo de circunstancias que confluyeron para provocar la caída de la monarquía:

¿Quién ha traído la República? El ambiente. ¿Y qué es el ambiente? El ambiente no es nada. Nadie ha traído la República. El ambiente no se ve ni se toca. No se ve ni se toca en el campo. No se ve ni se toca en un cuadro de Velázquez. El ambiente espiritual de España propicio a la República, provocador de la República, se ha ido formado, desde hace muchos años, a lo largo del tiempo, a través de varias generaciones. [...] ¿Cómo vamos a creer nosotros que un grupo de ciudadanos españoles, por haber ido y venido, hablado y gesticulado, estado preso o estado fugitivo, siendo republicano de la víspera o republicano inveterado, ha sido el autor de la República? ¿Cómo va a entrar en nuestra mente, ante el espectáculo de todo un pretérito complejo, que diez o doce hombres han traído la República? La ha traído el ambiente. Y ese ambiente lo han formado todos, desde hace muchos años, republicanos y monárquicos, liberales y conservadores, innovadores y tradicionalistas. Pero un grupo de ciudadanos, en sus idas y venidas, con su gesticular y vocear, ha celebrado un pacto. En el pacto –a orillas del océano– se obligan ellos, caballeros particulares, sin representación de nadie, acaso con la sola representación de sus partidos, a tales y cuales compromisos. Al pronunciarse el pueblo en las elecciones, ese grupo de hombres se adueña del poder. Ni tenían derecho esos hombres a pactar nada en nombre de la nación ni han tenido tampoco derecho a apoderarse de un poder que no era suyo. Se apoderaron de ese poder y formaron Gobierno con el mismo derecho que otro grupo de ciudadanos, ganándoles por la mano, siendo más audaces y menos pávidos que ellos, pudo, horas antes, en la tarde famosa, entrar en el ministerio de la gobernación. Se apoderaron del poder e hicieron válido un pacto en que la nación no entraba. El resultado ya se ha visto. El bienio con todas sus inmundicias –inmundicias de orden político, de orden moral, de orden pedagógico, de orden económico, de orden jurídico– ha sido el resultado trágico del pacto (La Libertad, 10 de noviembre de 1933).

Con el final del año 1933 murió también la ilusión de Azorín por la República. Aunque es verdad que en alguno de sus artículos publicados en Argentina dejó claro que su compromiso con la forma de gobierno republicana seguía siendo el mismo («Nos hallamos en España bajo un régimen republicano. El régimen se va consolidando poco a poco. La República es institución definitiva»,

La Prensa, 12 de mayo de 1935), no es menos cierto que sus colaboraciones en prensa de 1934 están llenas de reproches a la falta de democracia y de libertad impuesta por un Gobierno, el radical-cedista, que empezó su bienio negro con sendas acciones represivas –en Cataluña y Asturias– que nuestro autor igualmente censuró.

En la primavera de 1935 tuvo un último brote de esperanza, coincidiendo con el multitudinario mitin que dio Manuel Azaña el 26 de mayo en el campo de fútbol de Mestalla (Valencia), en el que se animó a la creación de un bloque republicano de izquierda (lo que en enero de 1936 se materializó en el pacto que dio origen a la creación del Frente Popular): «De todos los puntos de España caminaban hacia Mestalla los republicanos. Iban en tren y en automóvil. Marchaban otros a pie. No eran todos partidarios estrictos del orador. La reunión desbordaba de los lindes de un partido. Despertaban los republicanos de un sueño penoso. Se sentían alborozados» (*Ahora*, 19 de julio de 1935). Por desgracia, aquello sólo fue un espejismo para un Azorín que se sentía desorientado y fuera de lugar, pues veía la República como algo ajeno, con mucha tristeza y desazón por lo que pudo haber sido y no fue. Abandonada toda esperanza, renunció a los sinsabores y al desgaste de la vida pública para refugiarse en «la tranquila satisfacción que siempre le proporcionaba la lectura, y escribió cuentos y artículos que pasaron por alto la desintegración política» (Ouimette, 1987, p. 49). Cuando estalló la Guerra Civil, en julio de 1936, emprendió el camino del exilio y se instaló en París, donde permanecería junto a su esposa Julia durante tres largos años de destierro.

Nota. Este artículo forma parte del proyecto de investigación «El mundo de ayer: la figura del escritor-periodista ante la crisis del nuevo humanismo (1918-1945)» (FFI2015-67751-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

BIBLIOGRAFÍA

- «Nuestras encuestas. ¿Cómo ha de ser la República española? Según opinión de los hombres de izquierda», *La Calle. Revista Gráfica de Izquierdas*, núm. 6, 20 de marzo de 1931.
- «Nace *Crisol* y alborea *Luz*», *Crisol*, 4 de abril de 1931.
- «Sin promesa preliminar», *Crisol*, 4 de abril de 1931.
- «Periodistas de izquierda: Azorín», *La Calle. Revista Gráfica de Izquierdas*, núm. 11, 24 de abril de 1931.
- «Contra todo intento de política reaccionaria: manifiesto de la UGT y el Partido Socialista», *Luz*, 15 de julio de 1932.
- «Miscelánea política», *Luz*, 15 de julio de 1932a.
- «Ante el inminente cambio de política», *Luz*, 5 de agosto de 1932.
- «De una vez por todas», *Luz*, 6 de agosto de 1932.
- Azorín. «Aislamiento», *El Sol*, 29 de noviembre de 1930.
 - . «Los republicanos», *El Sol*, 24 de febrero de 1931.
 - . «La República es de los intelectuales», *Crisol*, 4 de abril de 1931.
 - . «La obra de la burguesía», *Crisol*, 6 de agosto de 1931.
 - . «Azaña», *Luz*, 21 de marzo de 1932.
 - . «Continuidad», *Luz*, 16 de mayo de 1932.
 - . «Belascoaín», *Luz*, 15 de julio de 1932.
 - . «Ideal», *Luz*, 18 de julio de 1932.
 - . «Serenidad», *Luz*, 25 de julio de 1932.
 - . «Índice de libros nuevos españoles», *La Prensa*, 23 de abril de 1933.
 - . «Índice de libros nuevos españoles», *La Prensa*, 7 de mayo de 1933.
 - . «Conciencia», *Luz*, 19 de junio de 1933.
 - . «Los dos pactos», *La Libertad*, 10 de noviembre de 1933.
- . «La llaga viva», *La Libertad*, 20 de diciembre de 1933.
- . «Una lección de historia», *La Prensa*, 12 de mayo de 1935.
- Cabrera, Mercedes. *La industria, la prensa y la política: Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- . *Juan March, 1880-1962*. Madrid, Marcial Pons, 2011.
- Desvois, Jean-Michel. «El diario *El Sol*, paladín de la modernización de España (1917-1936)», *Berceo. Revista Riojana de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 159, 2010, pp. 165-182.
- García Andreu, Mariano. *Alicante en las elecciones republicanas, 1931-1936*. Alicante, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1985.
- Gil Robles, José María. *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta, 1998.
- Manso, Christian. «Azorín entre la defraudación y la esperanza», *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 11, 1995, pp. 165-175.
- Ortega y Gasset, José. «Un aldabonazo», *Crisol*, 9 de septiembre de 1931.
- . «Rectificación de la República», en *Rectificación de la República. Escritos políticos, III*. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1973, pp. 149-178.
- Ouimette, Victor. «Azorín y el liberalismo instintivo», en Azorín, *La hora de la pluma. Periodismo de la dictadura y de la República*. Valencia, Pre-Textos, 1987, pp. 13-50.
- Redondo, Gonzalo. *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset: «El Sol», «Crisol», «Luz» (1907-1934)*. Madrid, Rialp, 1970.
- Unamuno, Miguel. «Guerra intestina familiar», *El Sol*, 26 de agosto de 1931.